

Experiencias de urbanización
y aporte jesuita: La construcción de una ciudad
hispanoamericana,
Buenos Aires 1536-1810.

Jesuitas - Buenos Aires - Urbanismo - Arquitectura

ARTÍCULO

Sonia Moreno

Arquitecta de la Universidad de Buenos Aires y estudiante de posgrado en la Maestría de Historia y Crítica de la arquitectura, diseño y urbanismo FADU-UBA.

Becaria UBA, desempeño tareas como docente e investigadora en Historia de la arquitectura. Actualmente ejerciendo el cargo de adjunta en Historia I Cátedra Aboy.

El periodo que transcurre entre los siglos XVI al XVIII, mas precisamente entre los años 1536 y el comienzo del proceso de la independencia en 1810, cristaliza un momento decisivo de la historia argentina y en especial de la ciudad de Buenos Aires.

La transformación de la humilde aldea en puerto importante, tuvo una fuerte impronta debido a los procesos urbanos que fue atravesando la ciudad. Si bien estos cambios no fueron significativos a nivel arquitectónico, en comparación con ciudades importantes como Lima o México, marcaron un fuerte impacto en el aspecto físico de la ciudad, las costumbres y modos de habitar de sus habitantes.

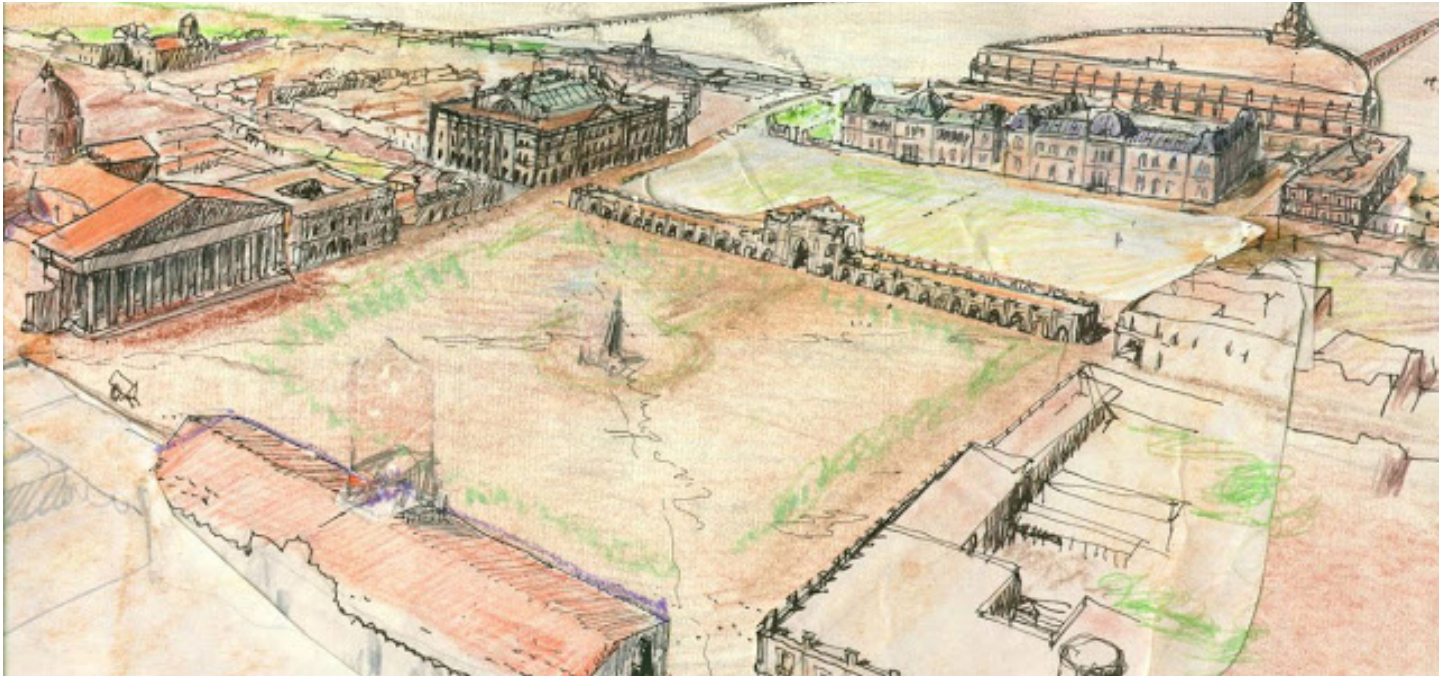
La creación del virreinato del Río de la Plata y el nuevo rol que ocuparía la ciudad dentro de la región, con su papel de puerto, dejó fuertes huellas en la historiografía urbana, por lo cual vale la pena presentar este estudio.

Este proceso de conformación y consolidación se dio dentro de un contexto más global y abarcó no solo a la ciudad de Buenos Aires, sino que se extendió formando un sistema definido como "ciudad-región". Este sis-

tema formaba "un todo" con el área que la rodeaba, lo rural y lo urbano convivió en una línea difusa que fue definiéndose paulatinamente. Sobre este conjunto rural-urbano se desarrolló la vida social y económica del periodo virreinal.

Dentro del presente marco general, el objetivo de este trabajo es delinear algunos de estos procesos que se dieron en nuestro país, y más específicamente en la ciudad de Buenos Aires. Tomando conceptos de Buschiazzo y Gutiérrez buscaremos relacionar los ideales y los pensamientos por detrás de las transformaciones que se verificaron físicamente en el territorio, haciendo foco en algunas situaciones puntuales como el aporte de los coadjutores jesuitas, quienes contribuyeron a la construcción del paisaje urbano de la ciudad. Se buscará abordar conceptos de urbanismo colonial profundizando en la teoría de Nicolini y se intentará reflexionar sobre la postura de Levinton, quien propone una interesante mirada sobre las insuficiencias de infraestructura y una comparación con las misiones jesuíticas.

Con este fin, organizaremos este escrito en tres ejes de



análisis que nos permitirán un mayor acercamiento a dicha problemática.

I. Contexto

El primero de estos ejes, será insertar a Buenos Aires dentro de la realidad latinoamericana (iberoamericana) de la época. Las diferentes escalas de intervención y el urbanismo inicial o rural-urbanismo, nos permitirá entender el fenómeno dentro de una mirada mas global.

II. Urbanismo colonial

El segundo consiste en analizar las transformaciones

urbanas y su incidencia en la sociedad dentro del modelo colonial.

Primera y segunda fundación. El aporte de los coadjutores jesuitas, su arquitectura y el cambio producido en el panorama de la arquitectura tradicional bonaerense. La evolución urbana, los espacios públicos. El patio como condensador social.

III. Problemas e insuficiencias

El tercero de estos puntos será estudiar algunas de las transformaciones físicas de la ciudad, ligadas a su infraestructura y los procesos de movilidad social que se desarrollaron a partir del acceso a los servicios.

Los problemas de infraestructura por los que atravesó la ciudad. El acceso al agua. El retraso, comparaciones con otras regiones en la misma época (misiones jesuíticas).

Este conjunto de situaciones nos permitirá buscar las relaciones entre los pensamientos e ideales de la época y el proyecto de ciudad.

Y como cierre, presentaremos algunas consideraciones finales tratando de marcar las vinculaciones más importantes entre estos ejes de análisis y la problemática del periodo de formación de la ciudad de Buenos Aires entre los años 1536-1810, haciendo hincapié en algunos momentos específicos que sirvieron como puntos de inflexión en la construcción de la ciudad, como el aporte jesuita de c1700.

Intentamos presentar la evolución del trazado de la ciudad, desde la primera fundación hasta la consolidación de su trazado colonial, mostrándola como expresión del modelo indiano atravesado por la realidad local, expresado en las distintas intervenciones, las tradiciones culturales autóctonas, la concepción religiosa y los elementos determinantes en la creación de la imagen e identidad de la ciudad "promesa" del cono sur .

I. Contexto

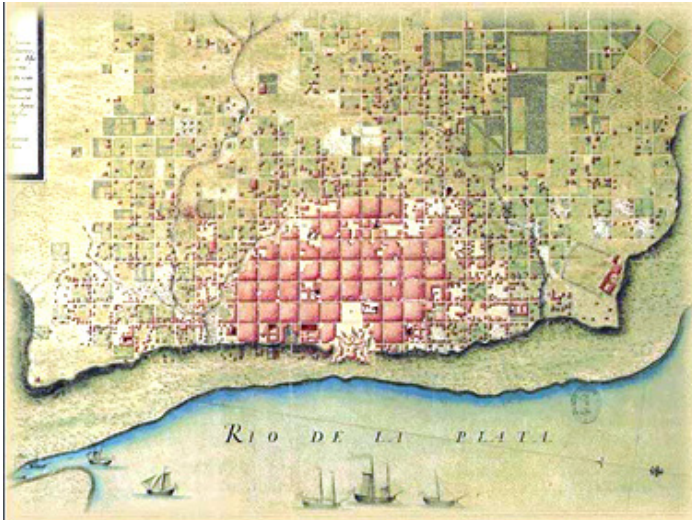
Buenos Aires en Sudamérica durante los siglos XVI-XVIII

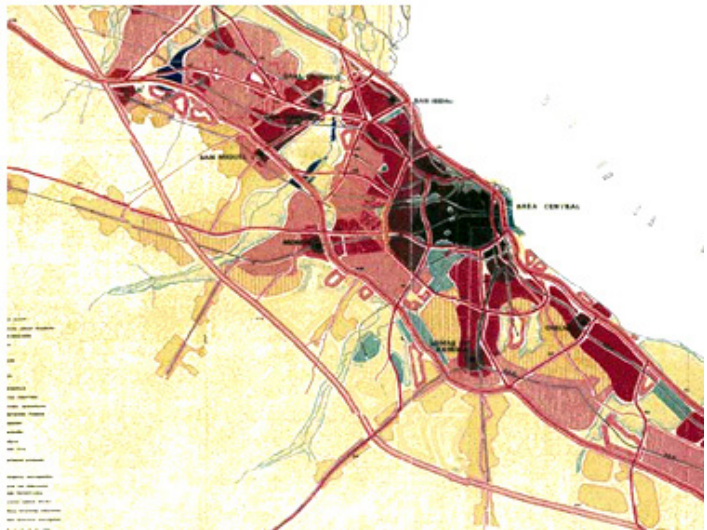
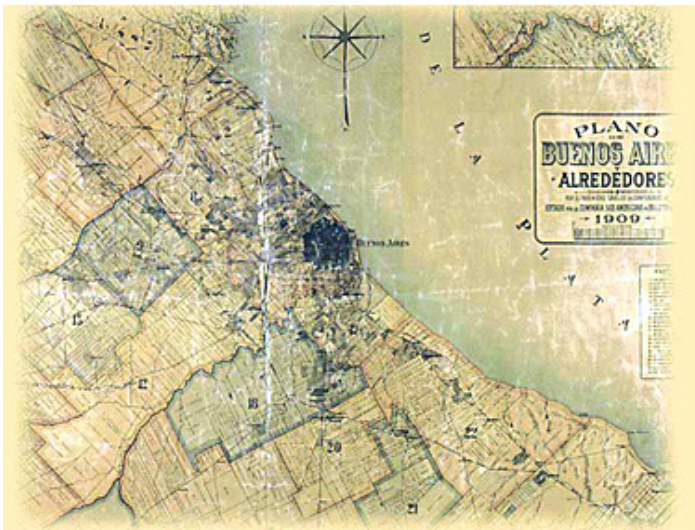
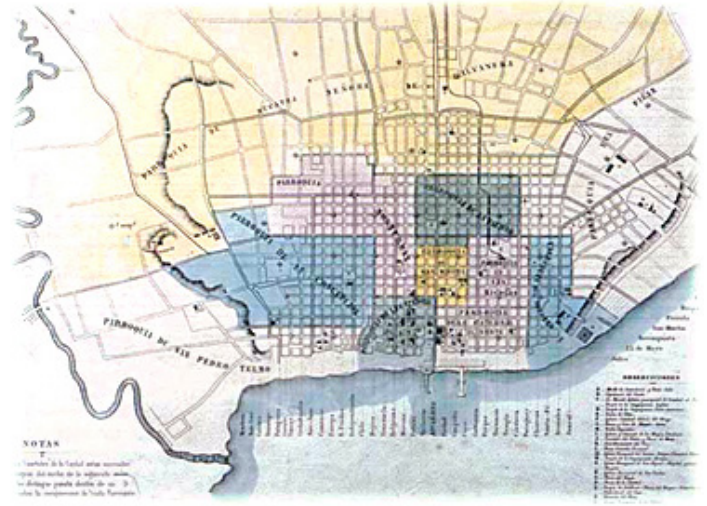
Si pensamos en el ploteo económico que España conformó en América, la región sur quedó relegada y se convirtió en un área marginal. Hasta que, un tiempo después y por hechos ajenos al planteo inicial, el imperio español redirigió su interés a la posición geopolítica de la región.

Esta situación, sumado al agotamiento de los antiguos centros de producción (Potosí, Lima, México) y la alteración de los circuitos comerciales del imperio español en América, redeterminaron las áreas centrales y su relación con las periféricas en el siglo XVIII.

Así regiones secundarias, como lo fue Buenos Aires hasta en siglo XVIII, se incorporan como mercados potenciales y áreas de interés, antes desconocidas.

El sistema colonial implantado, basado en el proteccionismo a favor de la monarquía española, explica las causas de la poca importancia que tuvieron los países del sur. Sobre todo si recordamos que hasta 1776, el puerto de Buenos Aires tenía prohibido el comercio, que la aduana estaba en Córdoba y que los productos europeos que llegaban a Buenos Aires lo hacían por la vía más lenta, burocrática e ilógica que imponía pasar





por miles de intermediarios comenzando por el norte del continente y arribando a lomo de mula vía Córdoba.

Cabe agregar que la carencia de recursos mineros, sumado al bajo grado de civilización de los habitantes originarios de la región bonaerense, ayudó a esta situación de desinterés y olvido.

La situación cambió a fines del siglo XVIII. En los dos extremos del continente, Venezuela y el Río de la Plata fueron regiones que tomaron importancia en este sentido.

Tanto el virreinato de Nueva Granada y el del Río de la Plata, con sede en Buenos Aires darían respuesta a la realidad de un extenso territorio casi imposible de manejar desde Lima, sede del virreinato peruano.

La ocupación geográfica de la Argentina se fue realizando por distintos centros emisores y ello contribuyó a enfatizar las influencias económicas y sociales de estos centros con los polos de desarrollo económico que estaban más allá de su territorio.

La corriente colonizadora del Perú se encontró en el noroeste con las influencias del sistema incaico y la mayor densidad y desarrollo de la población indígena. Esta fue la principal región hasta que la creación del virreinato del Río de la Plata privilegia a otras zonas del

país.

Los más importantes centros urbanos eran Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, que se vinculaban con la zona central por Córdoba y además articulaban su economía con las demandas del comercio minero del Potosí.

El desarrollo de esta economía a escala regional encontró en el intercambio con Potosí la fuente de renovación de recursos, la complementación de una industria artesanal textil y una movilidad de recursos naturales (mulas) necesarias en el Alto Perú y el Cusco.

Hacia el centro, Córdoba constituyó un eje de desarrollo de comercio entre el Noroeste, Cuyo y el Litoral. Desde aquí los jesuitas organizaron sus estancias que serían el sostén económico de los colegios urbanos y la primera universidad del país.

Este tema nos interesa particularmente ya que estos actores, al llegar a Buenos Aires, fueron determinantes en el cambio de imagen del territorio bonaerense.

En este contexto, Buenos Aires queda un escalón más abajo en importancia constituyendo una "campiña" protegida por una serie de fortines que servían de protección frente a los ataques indígenas.

En consecuencia, su arquitectura y urbanismo no alcanzó jerarquía, encontrando solo manifestaciones regionales e improvisaciones realizadas más con buena

voluntad que con conocimiento o capacidad creadora. No había población para grandes catedrales ni desarrollo de arte o cultura avanzada como sucedía en Perú o México.

Así y todo, encontramos en la región una producción de obras que vale la pena estudiar. Por ejemplo, es notable que Argentina, pese a su pobreza arquitectónica, haya tenido un conjunto valioso de cabildos, la mayoría desaparecidos hoy. Para ilustrar esto, podemos mencionar los cabildos de las ciudades de Luján, Córdoba, Salta, Santiago del Estero y por supuesto Buenos Aires. También Tucumán, Corrientes y Humahuaca, se destacaron por tener estos edificios capitulares.

Pero volviendo a Buenos Aires la obra arquitectónica más importante de la ciudad llegó recién en el siglo XVIII y fue, según varios autores la Iglesia de San Ignacio (1710-1734), sede de la Compañía de Jesús.

El planteo del edificio estaba a la altura de otros templos de la orden construidos en las principales ciudades de América. Concepto que apunta a la importancia que tuvieron los jesuitas en las obras que fueron construyendo la imagen urbana de las capitales americanas, sin olvidar que la arquitectura religiosa fue determinante en la configuración del trazado de las ciudades iberoamericanas, concepto que desarrollaremos más adelante.

Como sucedió en otros lugares, la llegada de los coadju-

tores jesuitas en 1717, provenientes en muchos casos de las ciudades más desarrolladas de América, iba a modificar sustancialmente el panorama de la arquitectura tradicional bonaerense, basada hasta ese momento en técnicas simples y sistemas constructivos básicos.

Entre los más destacables por su producción, están Juan Bautista Primoli y Andrés Blanqui, dos italianos que intervinieron en la construcción de la mayoría de la arquitectura religiosa de la región, en Buenos Aires las iglesias de: San Ignacio (1710-1734), el Pilar (1716-1732), la Merced (1721-1727), San Telmo (1735-1806), San Francisco (1730), Santa Catalina (1738) y Catedral (1727-1782), además de aportar también en las obras civiles como el cabildo (1725).

II. Urbanismo colonial

Buenos Aires, fundada por primera vez en 1536 por Pedro de Mendoza, fue abandonada en 1541 y la fracasada expedición se desplazó hacia Asunción.

Años más tarde, en 1580, el proceso se revierte y son pobladores asunceños quienes vienen, por órdenes de Juan de Garay, a reestablecer la ciudad de Pedro de Mendoza.

Pero ésta segunda fundación se emprende, contrariamente a la primera, cuando las condiciones están dadas para su permanencia. Para esa época, ya existían

varias ciudades en el interior y tanto ellas como Asunción necesitaban un puerto. El primer paso fue fundar Santa Fe, luego Buenos Aires seguiría a ese lógico proceso de "abrir puertas a la tierra".

La gente con que se realiza la primer y segunda fundación también sería muy diferente. Mientras la primera hazaña se componía de "un grupo de nobles", la segunda y definitiva, fue organizada por Garay quien contaría con criollos, mestizos y lugareños. Garay tenía experiencia, ya que estaba en América mezclado en luchas y cuestiones de conquista desde sus 14 años. Son todos ellos los que finalmente fundan el 11 de junio de 1580 la ciudad de la Santísima Trinidad, en el puerto de Santa María del Buen Ayre. Fundación que tiene gran importancia ya que los dos grandes núcleos del Paraguay y el Tucumán, con sus poblaciones en pleno crecimiento y comunicaciones relativamente accesibles, tenderán a constituir una nueva unidad económica con salida al mar, a través del nuevo puerto, en el río de la Plata.

Este es el esbozo de la futura unidad política, que se formaría como consecuencia de una entidad geográfica y que constituyó en Buenos Aires una centralidad basada en la actividad económica que traspasaría la propia ciudad alcanzando a toda la región sur del continente.

El trazado urbano se basó mas en normas geométricas

que ambientales, tema que anticipa los problemas de infraestructura no resueltos que luego marcarían la baja calidad de vida que tuvo la población en los primeros tiempos y hasta bien entrado el siglo XVIII.

Buenos Aires llevó una vida precaria durante gran parte del periodo hispánico. Pero no fue la única, otro tanto puede decirse de Mendoza, Santa Fe, y en menor medida de Salta y Jujuy. Solo Córdoba tuvo una vida más floreciente por el asiento de la aduana "seca", la primera universidad y su condición de posta segura en el camino que unía a Buenos Aires con Lima, capital del virreinato del Perú.

Según relatos de viajeros, rancheríos de paja y barro constituían el paisaje urbano del momento. Recién en 1608 aparece el primer horno de ladrillos y tejas, y las construcciones mejoran su calidad y aspecto, pero debemos esperar hasta el siglo XVIII para encontrar edificios de reconocimiento, situación que coincide con la llegada de los constructores jesuitas. En 1776, Buenos Aires se convierte en capital del nuevo virreinato y cambia su condición a partir de su puerto y la actividad comercial que éste implicaba. Cuando Buenos Aires se ponía a la cabeza de la región y comenzaba a sobrepasar a Córdoba en protagonismo, se forma un cinturón de poblados típicos de las pampas cuyo influjo

enaltecía aun mas a la capital, y esta influencia llegaba hasta Montevideo.

La estructura interna de la ciudad colonial: el trazado urbano

Para comprender la evolución urbana de la ciudad de Buenos Aires, primero repasaremos las características principales de los trazados que dieron forma a la mayoría de las ciudades americanas, fundadas según las leyes de indias y las experiencias españolas.

La división funcional de la ciudad-territorio definía un gradiente de articulación de lo rural con lo urbano. La estructura del núcleo poblado en si misma, presenta también características de gradiente, desde el área central a la periferia suburbana, conformando tres sectores que analizaremos buscando interrelaciones que nos permitan entender el correlato entre las diferentes funciones y la sociedad que habitaba estas áreas.

El área central se estructura siempre en torno a la plaza mayor, donde se localizan los edificios públicos cuya concentración depende de la calidad y complejidad del núcleo urbano.

En la distribución de los solares, la proximidad con la plaza señalaba la jerarquía del propietario. En general, en estas zonas centrales se albergaban solo españoles

o criollos privilegiados, por lo cual la proximidad residencial con la plaza era a la vez, un medidor de status social.

En las ciudades portuarias, como Buenos Aires, la forma del área central se veía alterada por el desplazamiento de la plaza sobre la costa, lo cual limitaba la expansión residencial de esta zona.

A manera de cinturón concéntrico se formaba una zona urbana de carácter intermedio que no presentaba ruptura espacial con el área central, pero si se diferenciaba en cuanto a la calidad de usos del suelo y tipologías arquitectónicas.

Los elementos estructuradores de esta zona intermedia solían ser los conventos y mas precisamente sus claustros o patios.

El tejido que acompañaba a estas obras "relevantes" estaba constituido por el núcleo residencial de viviendas y comercios. Algunos espacios abiertos como prolongación de los templos (atrios) y la comunicación con los claustros, cuando no eran de clausura, señalaban un cambio de escala frente al patio familiar.

Los principales elementos públicos que configuran el paisaje urbano son las plazas y las calles y dentro de una perspectiva cultural, el uso que la población hace de los mismos.

El "espacio-patio", estuvo presente en diversos edifi-



por la que se atravesaba.

Para ésta nueva etapa constructiva, se dispuso de ladrillos, tejas y cal, pero fue fundamental la llegada de expertos constructores traídos por las órdenes religiosas. Estos, no se limitaron a construir arquitectura religiosa sino que actuaron también en los edificios civiles. El papel de mayor importancia lo cumplió la Compañía de Jesús. Sus maestros Blanqui y Primoli, ambos italianos, fueron esenciales para toda la arquitectura de Buenos Aires en el siglo XVIII. Pero no fueron los únicos, también la obra de los alemanes Juan Krauss, Juan Wolff, Pedro Weger y José Schmith, tuvieron un papel para destacar.

Los nuevos edificios, fueron cambiando el paisaje urbano y llevaron a que las viviendas fueran imitando los edificios de envergadura, reemplazando sus techos de paja por tejas y sus muros de adobe por ladrillos.

Pero todavía no existe una preocupación urbanística. Recién en 1784 y como primera muestra de interés sobre el tema, se dictaron ordenanzas que obligaron a presentar planos antes de comenzar una obra.

La estructura de fundación de Garay fue reforzada, apuntado a mejorar los espacios públicos y las vías de comunicación, se comenzó a empedrar las calles y de-

limitar los baldíos.

Nuevos materiales, mejor arquitectura

La iglesia de San Ignacio.

El conjunto conocido como "manzana de las luces" que comprendía iglesia, colegio, residencia, procuraduría de misiones y huerta, contó con la intervención de varios maestros que se fueron sucediendo, y constituyó un ejemplo en el cambio de técnicas constructivas y programa arquitectónico. Para el diseño espacial del templo se utilizó el modelo del tipo Gesú de Roma, el planteo estructural era el mismo que se podía encontrar en cualquier templo de una ciudad europea. La iglesia tuvo varias etapas, para 1712 estaba bajo la dirección del jesuita bávaro Juan Krauss quien llegó a América con el fin de "llevar a buen término construcciones proyectadas que excedían la capacidad que pudieran tener los legos y simples aficionados que había por esa época en la colonia"

Blanqui y Primoli, utilizaron para la mayoría de las iglesias de Buenos Aires, la resolución manierista de Alberti y Serlio, situación al menos curiosa si comparamos con la producción del resto de América, sumergida en el mas espectacular barroco, siempre que hablemos mas de fachadas que de contenido espacial.

Poco después se construye la iglesia del Pilar (1716-

cios, desde viviendas, edificios civiles y militares, ("el patio del cabildo"), el fuerte y los claustros de los conventos.

Los conventos prestaban diversos servicios a la comunidad, desde sus fuentes de agua, imprescindibles para la vida, hasta lugares de enseñanza, pero un punto interesante fue el intercambiador social que se formó en los claustros o patios.

Todo esto, hacia converger un micromundo urbano en torno a sus actividades, fiestas y rituales. Estos sectores constituirán un elemento de importancia a la hora de desarrollar la vida social y el intercambio cultural de la población.

Un tercer sector dentro de esta estructura, estaba definido por el suburbio o periferia. La trama tiende a hacerse menos densa y predominan los desarrollos desarticulados.

Se concentran allí las formas primarias de producción artesanal-industrial: ladrilleras, curtiembres y madereros, que buscan la proximidad de áreas costeras, además los primitivos talleres de producción textil, canteras y eventuales hornos de cal.

Alejándose de las áreas residenciales, se iban formando las zonas de chacras y quintas, los corrales "del común" y las rancherías de los estratos sociales más bajos, que servían de mano de obra tanto para tareas

urbanas como rurales.

Los problemas de infraestructura y equipamiento urbano estaban centrados básicamente en el abastecimiento de agua, el mantenimiento de caminos y calles interiores, tema que tocaremos con más profundidad en III).

El siglo XVIII

Durante los primeros tiempos, incluyendo todo el siglo XVII, la arquitectura fue anónima. Los maestros de obra resolvían los problemas técnicos empíricamente y con materiales elementales que tenían a mano.

El aspecto de la ciudad era poco atractivo. Barro, paja y cañas fueron reemplazados muy lentamente por ladrillos y tejas. A modo de comentario, citamos al padre Sepp, quien decía en 1691 "el colegio y unas pocas casas están cubiertas con tejas. Los techos restantes todavía son de paja".

Junto con el desarrollo económico y poblacional, se advierte el progreso arquitectónico. En las primeras décadas se rehace el fuerte, comienza la construcción de las iglesias de San Ignacio y el Pilar, más tarde la de La Merced y el cabildo y luego San Francisco, Santo Domingo y San Telmo. Como dato, podemos mencionar que para 1730 existían en la ciudad 50 hornos de ladrillos, lo cual ilustra la euforia en materia de construcción

1732), donde Andrés Blanqui vuelve a estar presente en la resolución de la fachada. El convento, con sus magníficos claustros, y la huerta funcionaron hasta 1822, año en que Rivadavia ordenó la disolución de la comunidad.

La Catedral o iglesia matriz, sufrió un sinnúmero de derribes y reconstrucciones. La primera construcción de adobe (1593) no duró mucho. El interior, que llega hasta hoy, fue diseñado por Antonio Masella, mientras que la cúpula sufrió varias demoliciones y la fachada terminó, recién en 1827, con un diseño neoclásico que poco tiene que ver con la iglesia existente.

El Fuerte y el cabildo son ejemplos destacables de la arquitectura civil. El primero, demolido en 1853, ocupó un lugar destacado en el imaginario colectivo de su época. Se dice que los pintores elegían representarlo con más tamaño del que tenía realmente. Su construcción era sencilla, y su función de protección se vio beneficiada por el entorno: un río difícil de navegar y por el otro lado, la inmensa pampa.

El cabildo sufrió varias intervenciones hasta el presente. Edificado en 1610, fue una modesta construcción con techo de tejas, balcón hacia la plaza, torres y patio central. Fue Primoli quien, en 1719, proyectó una nueva construcción respetando la anterior y Blanqui, en 1724,

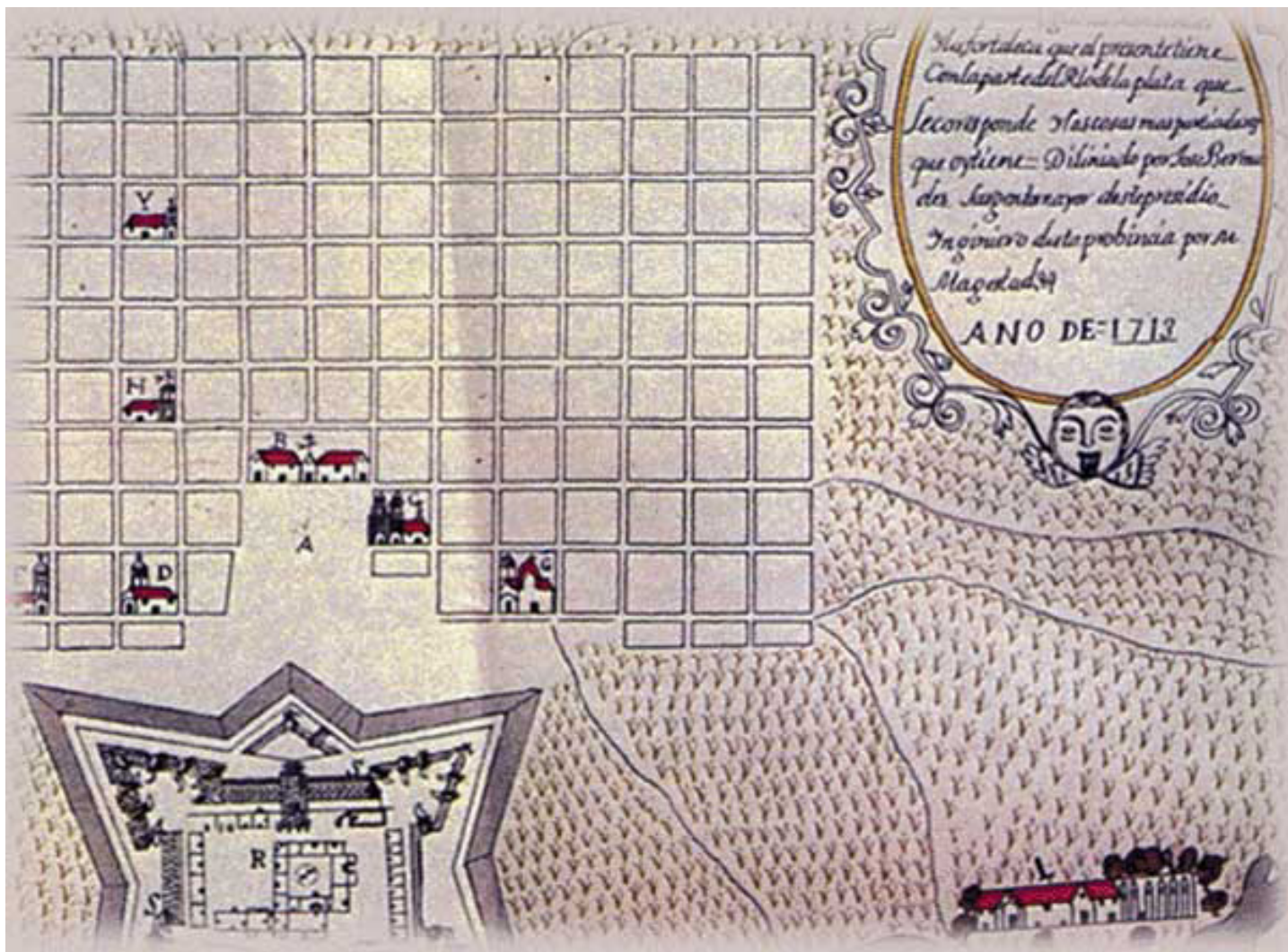
propone un edificio más compacto. Durante el siglo XIX fue modificado nuevamente para dar paso a la apertura de la Avenida de Mayo y la Diagonal sur. Hoy es monumento histórico y su valor simbólico es determinante para entender la memoria nacional.

En cuanto a la arquitectura doméstica, fue un salto muy pronunciado el que se mostró desde los primeros ranchos hasta las lujosas residencias virreinales.

Precisamente desde que la ciudad se convirtió en capital del virreinato y su población explotó en crecimiento, se produjo una subdivisión en los solares para construir pequeñas casas de rentas con comercio y hasta un pequeño patio.

Los aljibes aparecen, bien entrado el siglo XVIII, y eran patrimonio de las casas de cierta categoría. Norberto Levinton habla de este tema haciendo hincapié en el restringido acceso al agua de la mayoría de la población, tema que retomaremos en III).

El crecimiento poblacional desde la fundación (300 personas) hasta el término de la dominación hispánica en 1810 (46.000 habitantes), demuestra el progreso evolutivo. Pero este proceso no fue continuo, solo podemos decir que fue sostenido recién a partir de mediados del siglo XVIII cuando entre 1744 y 1788 la ciudad creció un 139% en población estable, lo cual permite comenzar a



definir los procesos de urbanización.

El rol de la cartografía: conocimiento y representación.

Con la creación del virreinato se comienzan a contar con información cartográfica confiable. Existe un plano de 1776 y otro de 1782 donde se puede ver que de las 135 manzanas iniciales, doscientos años más tarde se habían ocupado completamente solo la mitad, el resto de la cuadrícula presentaba solo caseríos dispersos.

En la traza de Garay estaban previstos no mucho más de dos edificios civiles, cuatro iglesias y un hospital. Para fines del siglo XVIII podemos ver el enriquecimiento funcional que había adquirido la vida pública, puesto que se sumaron varias iglesias más, conventos, casas de ejercicios, presidios, almacenes, además de muelle, recova y alameda que sumados a teatros, colegios y plaza de toros, marcan ya un indiscutible salto de calidad si comparamos con el humilde planteo funcional-urbanístico del primer trazado.

Llegando al final del siglo y mediante dos planos más, confeccionados entre 1780 y 1800, podemos observar un nuevo incremento en las actividades, en especial, las administrativas. La real audiencia, las cajas reales, la aduana, el consulado y la administración de correos están en plena actividad. También hay un incremento en la salud y educación pública. Durante este último periodo, arquitectos, ingenieros militares, o simples

constructores, comenzaron a utilizar un lenguaje neoclásico que se fue mezclando con el humilde barroco existente. Un ejemplo de esto puede ser la fachada de San Francisco, construida por Toribio en 1807.

III. Problemas e insuficiencias

Durante la conquista española la elección del sitio de fundación de una ciudad siempre estaría unida a la posibilidad de contar con suficiente agua para sus habitantes.

Las leyes de indias precisarían estos conceptos, ya usados por Aristóteles en su "Política". En el plan indiano el emplazamiento de la ciudad debía reunir requerimientos ambientales precisos. Existían cláusulas con indicaciones sobre altitudes óptimas y conveniencia de buscar proximidad de aguas, buenos vientos, etc. Estas normas no fueron cumplidas en Buenos Aires, ya que la prioridad era contar con una ciudad cabecera de caminos y puerto, dejando la cuestión ambiental claramente desplazada.

Por consiguiente, la ciudad de Buenos Aires no contaría con la infraestructura sanitaria necesaria hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Su ubicación en una meseta impediría utilizar fácilmente las aguas del Río de la Plata, además, con la escasa

profundidad del lecho, solo se encontraba agua barrosa difícil de adecuar para el uso humano.

La idea de contar con agua "de pozo" era lejana, ya que cavar hasta llegar al manantial, se hacía excesivamente costoso.

Mientras la mayoría de los habitantes accedían al agua transportándola desde la costa con mucho esfuerzo, los más adinerados contaban con el servicio de los aguateros, quienes proveían del bien preciado con baja calidad de higiene. Solo las mejores familias y algunos edificios selectos contaban con un aljibe. Con esto, es evidente que, como mínimo, había dos clases diferenciadas de ciudadanos. El sistema estratificado que configuró el virreinato profundizó diferencias sociales como éstas. La separación entre pobres y ricos estuvo presente desde el comienzo.

Otro aspecto no del todo resuelto era la evacuación de las aguas pluviales, lo cual terminaba aislando a ciertos sectores de la ciudad durante la época de lluvias. La ausencia de cotas de nivel en las diferentes manzanas hacía que algunas construcciones quedaran por debajo y otras muy por arriba, trayendo dificultades al natural escurrimiento.

El plano de Joseph Bermúdez (1713), muestra la red de zanjones que formaba el desagüe natural de la ciudad, pero el problema radicaba en la falta de higiene y edu-

cación, ya que los canales se tapaban de basura y dejaban de funcionar ocasionando el caos de inundación y contaminación. A causa de esto, la ciudad sufrió epidemias, que en 1718 se cobraron alrededor de 5000 personas.

Por todo esto, Buenos Aires en su época colonial, estaba mucho de la idea de "polis" de Aristóteles. Recién en 1757 el cabildo comenzaría a pensar en acciones para solucionar estos temas y tenemos que llegar hasta 1869 para encontrar acciones concretas que definieron los sistemas de provisión de agua y desagües para la ciudad.

Las misiones jesuíticas, una comparación.

Para ilustrar estos conceptos, nos interesa destacar el tratamiento que se le dio al mismo tema en la resolución del trazado de los pueblos de las misiones jesuíticas de la Provincia del Paraguay. Es importante aclarar que se trata de la única alternativa urbana planificada ajena al modelo indiano, del cual tomó solo algunas referencias.

Desde el principio, estos pueblos estuvieron diseñados en torno a una idea más humanista y progresista. La propuesta de los jesuitas apuntó a la aplicación de los conocimientos europeos vinculados al dominio del

medio sin perder de vista las costumbres originarias y poniendo en valor la salud de sus habitantes.

Evidentemente los sistemas empleados y los resultados que se mostraron en las misiones están señalando una concepción absolutamente diferente a la implementada en Buenos Aires durante la misma época. En los pueblos misioneros la idea de polis configuraría una de las experiencias culturales más preocupadas por la relación entre el agua y el hombre, desarrollando una voluntad consciente de la importancia de la salud pública para los habitantes, mientras que en la ciudad de Buenos Aires los ciudadanos fueron víctimas del crecimiento poblacional sin planificación adecuada, la ignorancia y la desacertada toma de decisiones que llevaron a que las epidemias se encargaran de poner límites a estas acciones y obligaran a sus gobernantes a comenzar a pensar un sistema más digno de salubridad para la emergente ciudad portuaria.

Reflexiones finales.

Las ciudades hispanoamericanas fueron los centros de poder desde las cuales se estructuró la administración del imperio español en América

El sistema de ciudades necesariamente fundadas, constituyó una red, en la cual se formaron pequeños núcleos de españoles y criollos, rodeados por un extenso territorio dominado por mayoría indígena. Además de

desempeñar un rol económico-administrativo, algunas ciudades se destacaron por su emplazamiento geográfico, condición que favorecía a la hora de contar con una "puerta de salida" para los productos que aquí se encontraron.

Buenos Aires llega tarde a este contexto. Mientras la prosperidad aumentaba en Santo Domingo, La Habana, Veracruz o El Callao, Buenos Aires era solo un rancharío de paja y barro. Hacia 1700 llegan los jesuitas y con ellos el desarrollo de una arquitectura que aporta valor estilístico y parece la antesala del gran cambio que se sustancia con la creación del virreinato del Río de la Plata. En 1776, comienza a acumular éxito comercial lo que la lleva a asumir funciones principales en lo concerniente a la economía, administración, religión, educación y salud, poniéndose a la cabeza de la región y llegando al nivel de las ciudades antes mencionadas.

Superposiciones, yuxtaposiciones y adaptaciones en sus edificios y espacios urbanos dan cuenta de todas y cada una de las etapas de su desarrollo. El resultado actual es la dialéctica de la permanencia, la suma, en permanente contradicción, de las huellas de arquitecturas pasadas que nunca se han podido borrar del todo. Así, hoy en día encontramos el concepto de centro histórico, que intenta conservar el sector de fundación



dentro de la ciudad actual, el cual significa mantener el testimonio construido para la memoria de sus habitantes.

Buenos Aires no refleja en su casco histórico el período colonial que la vio nacer, todo lo que podemos encontrar data del siglo XIX. Las reconstrucciones y demás intentos de "mantener lo colonial" son solo tentativas de recuperar la memoria urbana que casi nunca llegan a rescatar el valor esencial del paisaje urbano.

Para dar cierre, elegimos tres elementos urbanos que nos permitan sintetizar la evolución estudiada, para intentar reflexionar sobre el desarrollo de la ciudad de Buenos Aires en lo que respecta a su especial ubicación dentro de la realidad Latinoamérica, la conformación de su sociedad y las transformaciones físicas, reflejo de permanentes cambios.

La estructura, las funciones y el paisaje (urbanos)

La estructura urbana, definida como la configuración geométrica elegida para el trazado de la ciudad, ha persistido. La traza, fijo pautas que fueron determinantes en las demás transformaciones y hoy podemos ver que

se mantiene, en su mayoría, definida.

Las funciones urbanas iniciales se mantuvieron, en especial las institucionalmente más fuertes, como la iglesia, el cabildo o los conventos. Algunos se mudaron de lugar, las funciones del cabildo se reemplazaron por la casa de gobierno, los conventos por asilos, o instituciones educativas. Los solares inicialmente repartidos sufrieron cambios más grandes y rápidos, especialmente los cercanos a la plaza.

El paisaje urbano fue el último en definirse y mostró una gran inestabilidad: en permanente transformación, sufrió la renovación o reemplazo de edificios, o fachadas, y la modificación en el equipamiento de sus calles o plazas.

Tal vez sería cuestionable que a partir de la primera fundación y hasta hoy, no se haya buscado un modelo propio, sino que el grado de dependencia extranjera siguió en ascenso, dependencia en lo cultural, social y más aún en lo económico.

Esto dificulta, a nuestro entender, la oportunidad de

Santa Maria del Buen Ayre atacada por los Querandíes, 1536.

Pintura de Leonie Mathis

registro.edu.ar

pensar a la ciudad como "nuestra", pensar nuestra arquitectura "desde acá" entendiendo las realidades propias, lo cual no significa aislarse del mundo, muy por el contrario, sería entrar en diálogo mucho más genuino con él.

Bibliografía

Buschiazzo, Mario J. Historia de la Arquitectura Colonial en Iberoamérica. Emecé. Buenos Aires, 1961

De Paula, Alberto; Valiani, L.; Galatti, L. El modelo indiano legal de ciudad y la urbanística rioplatense a fines del siglo XVIII. En Anales N°33-34. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas. FADU - UBA. Buenos Aires, 2001.

Gamodés, M. Rosa y Giunta, Rodolfo. Desarrollo controlado o espontáneo. Dos imágenes de la ciudad de Buenos Aires de la primera mitad del siglo XVIII. En Anales N°33-34. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas. FADU - UBA. Buenos Aires, 2001.

Giunta, Rodolfo y Gamodés, M. Rosa. La ciudad construida. La ciudad de los Patios. En Borthagaray, Juan Manuel (Comp.) Habitar Buenos Aires: las manzanas, los lotes y las casas. Buenos Aires: Sociedad Central de Arquitectos y Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo. Buenos Aires, 2011.

Giunta, Rodolfo. Y todo empezó con la manzana. En Historias de la Ciudad. Una Revista de Buenos Aires. Año 2 N°12. Buenos Aires, Noviembre 2001.

Gutiérrez, Ramón. Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica. Ediciones Cátedra. Madrid, 1984, 2005.

Gutiérrez, Ramón. Buenos Aires, evolución histórica. Fondo Editorial Escala. Buenos Aires, 1992.

Gutman, Margarita; Hardoy, Jorge Enrique. Buenos Aires 1536-2006, Historia urbana del Área metropolitana. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 2007.

Hardoy, Jorge E. Los planos de las ciudades coloniales latinoamericanas y sus autores. En Anales N°27-28. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas. FADU - UBA. Buenos Aires, 1992.

Levinton, Norberto. El uso ciudadano del agua: una comparación entre Buenos Aires y las Misiones Jesuíticas. En Page, Carlos A. (Ed.). Educación y evangelización. La experiencia de un mundo mejor. X jornadas internacionales sobre misiones jesuíticas. Córdoba, 2005.

Nicolini, Alberto. Arquitectura en Buenos Aires, 1600-1810. En Arquitectura en la Argentina. Editorial Eudeba. Buenos Aires, 1981.

Nicolini, Alberto. La traza de las ciudades hispanoameri-

canas en el siglo XVI. En Anales N°29. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas. FADU - UBA. Buenos Aires, 1993.

Novick, Alicia y Giunta, Rodolfo. La casa de patios y la legislación urbanística. Buenos Aires a fines del siglo XVIII. En Medio Ambiente y Urbanización. Año 12, N°17-48. Buenos Aires, 1994.

Waisman, Marina (coord. gral.). Arquitectura colonial argentina. Ediciones Summa. Buenos Aires, 1987

WEB:

www.rodolfogiunta.com.ar

www.inah.gob.mx

www.iaa.fadu.uba.ar

www.monumentosysitios.gov.ar

www.manzanadelasluces.gov.ar